



XXXIV.

¡MÁTENLO!

El "cargador" que sacó un cuchillo para herir a Arroyo, planteó, no sólo un problema, sino una solución objetiva: contra el puño, el puñal. Inmediatamente el proselitismo comenzó su trabajo de agrupación. La bestia llama a la bestia. Todos se precipitan por la misma pendiente. Poco a poco, la recua toda cambia sus relinchos en aullidos. La camada se constituye.—A su alrededor, el impulso bestial, propagándose en ondas ascendentes, infunde a grupos de "intelectuales" solución idéntica: "matarlo por la vía más corta."

—"Caray! ¡Qué anarquistas! Se nos vienen encima."

Lo dijo Don Eduardo, estirándose el bigote a

Capilla Alfonso XIII

la cabecera de la mesa. Porque, terminada la diligencia preparatoria que dejamos bosquejada, hubo banquetito en la casa de las Cariátidas. Brillaba el astro polizaico en el espacioso comedor, entre sus satélites invitados; unos le formaron cortejo desde el "Distrito," como el profesor Carriles, el periodista Ezquerro, el mecánico Tecla ya repórter y el íntimo Vicencio. Se agregaron el mayor Bellido, el oficial Mauro Sánchez, Cabrera, jefe de "la secreta" y otros personajes de cárcel y comisaría que fueron llegando en el curso de la comida, atraídos por el suceso del día, ansiosos de comentarios.

Serían las tres de aquella tarde patriótica, cuando, tras de los postres, circularon el café, los cigarros y las copitas. Velázquez engreído, más que anfitrión parecía el Maestro de un cenáculo erigido en claque admirativa. Excitado, con los ojos propulsos, el tono autoritario, condensó pensamientos oscuros, que revoloteaban por la asamblea en solemne frase:

—Evidentemente! El *pueblo* quiere un castigo ejemplar, inmediato.

Las cabezas se menearon afirmativas, las copas se elevaron como para saludar un hermoso brindis. El cenáculo clamaba que *sí*. Sólo allá, en la cola de la mesa, se produjo una manifes-

tación en contra bajo la forma de una cabeza de comensal que se movía de lado, en signo de *no*. Era la de Sergio, médico de la 5ª, venido allí con el inspector de la misma, quien requirió su compañía para reunirse al jefe:—"Vamos, doctorcito, que la cosa arde!". . . . Orden misteriosa, a que obedeció sonriendo el escéptico galeno.

Como a los demás que llegaban, el fámulo Cándido Cuéllar le ofreció asiento, taza de café y copita. . . . Se mantuvo silencioso, confundido con la claque. Pero en las palabras de Velázquez percibió gritos azuzadores, parecióle ver en torno bocas y narices alargarse en hocicos.

—¿Cómo, doctor Sergio, no le gusta? ¿Estará Ud. por Arnulfo Arroyo contra el Caudillo?

—Estoy del lado del Caudillo; pero no contra la humanidad.

—Doctor, a sus recetas!

Obediente, Sergio sacó su recetario de bolsillo y escribió.

Rp. (récipe.)

"Para los Arnulfo Arroyo.

Estricnina. 10 gramos.

Dosis maciza, en una toma."

Arrancada del bloque, la receta pasó de mano en mano, entre exclamaciones de satisfacción.

—¿Porqué los Arnulfo Arroyo? No hay más que uno, observó un polizaico.

—Hay muchos, replicó Sergio. Forman clase, la de los *alcohólicos sin trabajo*.

Esta severa alusión al alcohol no impidió una nueva tanda de copas. Sobre el *cognac* llovió el anisete para los finos, el nacional tequila para los fuertes. Por los cerebros congestionados pasó la vibración, el loco eretismo del jefe, como si todos hubiesen absorbido en espíritu la estricnina de la receta. Varios comensales se pusieron en pie y deliberaban por grupos. En uno de ellos formado por Velázquez, Vicencio, Bellido, Sánchez y Cabrera, sorprendió Sergio la expresión “a cuchillo” resumiendo un convenio tortuoso.

Sergio no bebía ni hablaba. Era el único frío en un *meeting* caliente. Aprovechaba la agitación para escarabajar en su bloquecito. Después de ponerse al nivel de la reunión con su primera receta, ideaba la buena, la segunda. Había disparado la ironía. Nadie mejor para comprenderla que el mexicano de aquella época, él, que vivía socialmente en un medio de engañosas y ficciones. Pero en los estados inferiores, la conciencia del bípedo se paquedermiza; la ironía se le embota como flecha despun-

tada. Velázquez y los suyos no comprendieron.

—Otra receta! Dice Sergio que es la buena; clamó el inspector de la 5ª agitando una hojilla. Y leyó:

Rp.

Régimen de castigo para los Arnulfo Arroyo.

Reclusión en una Penitenciaría de trabajo. Tres años.

Distribución:

Trabajo manual aislado. Selección de oficio y aprendizaje en celda..... Tres meses.

Trabajo en taller colectivo con interrupciones de aislamiento al arbitrio del Director, según la conducta del recluso

Dos años
nueve meses.

Ducha matinal fría..... Una diaria.

Las risas comprimidas desde el principio de la lectura estallaron al fin, en general carcajada. La extraña *receta* sonó discordante, como música wagneriana en plaza taurina. Fué para los polizaicos en conciliábulo la “ducha fría” propuesta por el galeno, cayendo, no sobre Arroyo, sino sobre sus mismas cabezas, bajo la forma de ideas neo-evangélicas.

El nuevo Evangelio, tal como Sergio lo concebía, no quiere la salvación del culpable o del inútil mediante oraciones. No erige en norma de conducta el “velad y orad.” Bendice el re-

poso profundo, con tal de que preceda a la acción. La parábola de los lirios silvestres que, “sin trabajar se visten espléndidamente;” su moraleja: “no os afanéis por el día de mañana; Dios proveerá” son invitaciones a la inercia. El fatalismo optimista de algunas religiones es tan funesto a la humanidad como el fatalismo pesimista de otros. Ambos conducen a cruzarse de brazos. La buena parábola estaba para Sergio en la fabulilla de la hormiga previsora y laboriosa burlándose triunfalmente de la holgazana cigarra. De allí su *Récipe*: el trabajo, recetado como píldoras y obleas, dosificado según tiempo y modo, panacea moral, premio para el bueno, correctivo salvador para el malo.

Velázquez dirigió a Carriles un guiñar de ojos que significaba: “¿Qué le parece su cofrade?”—A lo cual Carriles se llevó un dedo a la sien, y bosquejó una espiral de tornillo que expresaba: “los tiene flojos”. Comunicación telegráfica sin hilos, sin aparatos marcónicos ni ondas hertzianas.—Ezquerro y Tecla recogieron el mensaje al vuelo y lo apuntaron de común acuerdo en sus libritos: “Doctor Sergio, digno de San Hipólito.”

El conciliábulo se animó. Los polizaicos dejaban sus máscaras de corrección oficinesca y

afectaban aires avezados, de *lebrones*. Cada uno quería manifestarse tal, a propósito del “régimen de trabajo.”

Primer lebrón.—Pero ¡qué Penitenciaría! Si no hay más que una y mal acabada.

Segundo lebrón.—Nada se acaba en México: el Palacio Legislativo, el Teatro Nacional, inacabados, obras truncas. . . . Todo se vuelve proyecto.

Tercer lebrón.—Y todo se vuelve negocio. . . . Ganan fortunas los ingenieros gringos con sus proyectos; ganan proveedores y contratistas, ¡qué contratos!

Cuarto lebrón.—Yo conozco a uno que contrató pesas de gimnasia y aparatos varios para hospitales y escuelas, por algo más de sesenta mil pesos.

—*Quinto lebrón*. Cincuenta por ciento en utilidades para el vendedor. Veinticinco para el contratista.

—*Sexto lebrón*. Lo cual se reduce a ponerle al pueblo las *pesas* a veinticinco.

Velázquez.—Todos ganan, menos nosotros.

Esta observación resumía la idea dominante del jefe. La sociedad mexicana pasaba por una crisis de progreso, y al amparo de ella surgía la especulación. No hay especuladores más terri-

bles que los que explotan la filantropía oficial ejerciéndose en la erección de establecimientos llamados “de beneficencia.” Su evangelismo lucrativo se propaga a los guardianes del orden. También ellos reclaman una parte leonina de propia salud en la distribución de la salud pública. . . . Las narices se abrían olfateando un ascenso y una presa. En el mexicano renacía el chichimeca con su antropología ritual, ansioso de devorar una víctima en honor de cualquier Huitzilopochtli.

La reunión se agitó. Cándido se acercó a Velázquez y le participó la llegada de alguien como si anunciara a un personaje.

—Que pase!

Y entró un “cargador,” bamboleante de jugo agáxico, volteando en la diestra su vasto chilapeño.

Era Florencio, el mismo que, blandiendo un cuchillo, se echó sobre Arroyo pocas horas antes.

—Ah! ¡Conque tú fuistes? Has merecido bien de la patria. . . . Pero nos lo dejastes vivo. . . . ¡Muy bien hecho! ¿Cómo te llamas? ¿Dónde vives?

—Florencio Cortés, Callejón de la Canija, sin número, frente al 4.

—Bravo, Florencio! Haré que te recompensen. La patria no se da por servida gratis con heroísmos como el tuyo. . . . ¡Qué templado!—Este sí que es hombre, Doctor Sergio! Qué! ¿no le receta?—Mira, Cándido, creo que el doctor le ha recetado algo. . . .

Orden de darle un *taco* y una copa. Y sobre un fondo de Tlamapa cayeron la ambrosía del chile verde y el néctar de las viñas de Cognac, más o menos auténtico. Fué la apoteosis del “cargador.”

.....

Entre cinco y seis de la misma tarde, el Inspector Velázquez llegaba a la Redacción del “Justiciero,” preguntando por Ezquerro. Lo encontró plegado en cinco frente a una mesa revuelta. Llenaba cuartillas. Con la frente ardorosa, el cabello en desorden, inspirado a raudales, leyó a Velázquez su editorial para el 17.

—¡Caray, qué trozos! decía Don Eduardo refiriéndose a los que más lo pasmaron.

“Este hombre repugnante (Arnulfo Arroyo), trabaja por su propia cuenta; surge solitario de la taberna tenebrosa de un *sabat* anarquista; no lo inspira un ideal político, social ó económico. . . . no es un hombre, es un crimen; no es una idea, es un miasma; no es una aspiración, es el vicio”.....

.....

“Nunca como ahora la sociedad mexicana tiene el deber de ser inexorable; nunca como ahora el castigo debe seguir inmediatamente al atentado.”

“El procedimiento es expedito. Que un consejo de guerra extraordinario ejerza su implacable jurisdicción. . . .

El país entero pide hoy a gritos que se extinga cuanto antes la vida del que quiso atentar contra la del General Díaz.”

La lectura terminó con risas convulsivas. El polizaico y el periodista se miraron como dos actores fuera de escena, en un melodrama.

—“Hacer lo chico grande es mi arte,” dijo Ezquerro sentenciosamente.

—“También el mío”. . . .

Velázquez salió de la redacción dejando en suspenso la frase. Se fué rápido, con los ojos chispeantes, el espíritu en tensión hacia el logro de su obsesión tentadora: hacer él por sí mismo “lo que el país quería” según la frase de Ezquerro. El, Velázquez, había sugerido al periodista la idea de una ejecución violenta, y a su vez sufría la sugestión de la misma idea formulada en líneas editoriales. Desarrollaba, sublimaba la idea en su *yo* megalista. . . .

—¡Qué consejo de guerra, si aquí estoy yo!
¿Habría yo de dejarme arrebatarse de las manos

esta hermosa presa *muy mía*? Me la da la ocasión, la *Providencia*”

Monólogo de “providencial.” Nada más peligroso que los providenciales. Por uno que hace bien, existen nueve que cometen burradas. Hay gritos de “atájenlo!” cuando se escapa un animal dañino. Pero nadie piensa en detener a un hombre que corre a “cumplir su misión” a costa del prójimo, como corría en coche Don Eduardo por las calles de la Monterilla hacia el Palacio municipal. Atravesó corredores y antesalas, entre saludos reverentes. Apenas se detuvo en el despacho, cerca de Arroyo, para convencerse de que permanecía en su rincón, encamisado. Pasó al cuarto de teléfonos, tomó la bocina y pidió comunicación con su casa de las Cariátides.

Poco después, el hilo telefónico llevaba a Cándido esta orden textual:

“Vete al baratillo y cómprame una media docena de cuchillos viejos.”



XXXV.

UNA CAMADA DE SIETE.

Eran siete gandules que se habían hecho gendarmes para poder vivir.

La policía es un refugio a donde acuden náufragos: el artesano sin taller, porque suele prolongar el ocio alcohólico de los lunes; el rústico que, por fechorías rurales emigra a la capital, totalmente ignorante de artes citadinas; el hijo de familia en ruptura de hogar paterno; el soldado tomado de *leva*, liberto del cuartel, al cabo de varios años de servicio, echado a la calle sin más conocimientos que los de una disciplina mecánica y una balística rudimentaria. . . . Deformes, torcidos, mal encarados, no encuentran *colocación* ni en los tranvías, ni en las porterías de vecindad, otros refugios de náufragos. Se acogen a

la policía, última tabla. Cualquiera tendero, flanqueado de dos marchantes “testigos” les facilita el certificado de *buena conducta*. Un médico de comisaría los examina. Si los rechaza por lesiones de sífilis, temblores alcohólicos, cardiopatías, etc., no tardan en hallar un indulgente que los certifica de “sanos y útiles.” Aun sin certificado, suelen pasar incólumes, bajo la égida de un Comandante protector que se ríe de la ciencia.— “Ah! ¿con que dice el doctorcito que tienes *taras*? ¿Qué taras! ¿Si no se trata de pesar cebollas en chiquihuite!” . . . y el aspirante es admitido.

Helos ahí, en el *punto*, uniformados de azul oscuro, kepí empañolado, polainas, guantes y garrote. El hábito hace algo más que el monje. Una mutación estilo Frégoli basta a convertir unidades desordenadas en guardianes del orden.

Eran siete gandules. . . . Se apellidaban: Pardavé, Noriega, Sepúlveda, Uribe, Huinzhardt, Cervantes y Vázquez.

Había toda una gama de caracteres en esta septena. Desde Uribe, indígena rudo, hasta Pardavé, mestizo almibarado, la perversidad crecía con gradaciones apenas sensibles. Vázquez y Noriega, esbirros obtusos, cedían en villanía a la perversidad reflexiva de Cervantes. Huinzhardt, degenerado como su nombre, de algún

aventurero húngaro, representaba la alevosía gitana que se vende barato. Sepúlveda, con su faz torva, rematada por hocico de fuina, personificaba al bravo de barrio que espera a su víctima en sombrío recodo.

Autómatas, su automatismo va a manifestarse de modo carnívoro. . . . Cuenta ¡oh Musa! cómo la noche del 16, los *siete* afirmaron ser de la misma camada.

Estaban al lado de su “punto” guardando el orden; quién junto al fogón de una enchiladera instalada en la plaza de la Aguilita, al comenzar los “fuegos;” quién en el bar-room de un abarrotero; quién agazapado en un dintel, durmiendo. . . . Es la actitud preferida por el gendarme, desde las diez de la noche, cuando no tiene que plantarse a media calle, con perjuicio de la circulación. . . . Hay que hacerle justicia: el policía mexicano es un durmiente despierto, excelente para amodorrarse de pie o sentado. . . .

—“Vamos, despierten! hay que hacer algo bueno allá, en el centro. Dejen linternas, palos, uniformes” . . .

Se vistieron de “paisanos.” Transformación amenazadora, porque el gendarme desvestido regresa a sus primeros instintos conservando el

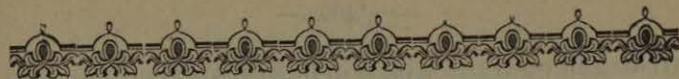
poder. Si era un desordenado, el abandono de sus insignias le produce arranques de fiera suelta. Si era un disciplinario automático, como los ex-soldados Noriega y Uribe, el despojo le induce a degradar la disciplina. Del soldado que ejecuta la orden de “fuego” al esbirro que apuñaleara cuando oye la de “pega,” hay una gradación moral hacia abajo.

Fué Vicencio quien les dió la orden y les distribuyó los cuchillos. Seis cuchillos puntiagudos, comprados por Cándido, a real la pieza, en una venduta del baratillo de Santa María la Redonda. A primera cuenta faltaba un cuchillo o sobraba un hombre. Pero, al recuento, resultaron sobrando cuchillos. Habría asesinos primeros y segundos como en un drama shakesperiano; éstos sujetarían a la víctima, aquellos la despacharían debidamente, en tanto que una comparsa saludaría la ejecución con mueras al anarquismo.

Autor y preparador de algo sombrío inédito, Velázquez se paseaba nervioso en el portal de la Diputación. Acababa de estrellarse contra una rara honradez solitaria en la persona del oficial Monroy; y llamaba en conciliábulo a los lobos gordos; se encerraba en un coche con el mayor Bellido y el comisario Vicencio.—Bellido asentía, Vicencio asumía la dirección de la tramoya.

Antiguo hombre de teatro, este polizaico gozaba en el fondo, de sentirse al frente de un drama real. Hacía el reparto de papeles y cuchillos en “la callejuela” que flanquea por Oriente el Palacio municipal, junto al portón lateral, contiguo al Palacio de Hierro. Callejuela sombría, gendarmes de cara torva disfrazados, un manojo de dagas; y allá en lo alto, como en camarín de señorial castillo, un hombre encamisado esperando que sonase su fin en las doce campanadas nocturnas de la Catedral. Sintió rebullir en su cerebro trozos mal digeridos de *Ricardo III*. Le pareció encontrarse ante la torre de Londres, y sin darse cuenta, buscaba en los personajes del trágico inglés identificaciones imposibles. Se trataba de suprimir a un Clarencio para que Velázquez y él escalasen el poder. Velázquez era el duque de Gloucester; él era Buckingham. . . . Un duque de Buckingham vestido de charro, que iba diciendo a los siete: “Ordenan *de arriba* que le den agua a Arroyo.”

Y en particular, a los puñaleros: “Mucho ojo, y peguen firme!”



XXXVI.

DE CÓMO LE "DIERON AGUA."

¿Fué coincidencia producida por el azar o buscada por el gendarme Milanés?—Es lo que no explican las crónicas. Pero el hecho fué que Antonio Milanés, estudiante destripado y gendarme de fresca data, se encontró de guardia en el Palacio Municipal desde las siete de la noche. En unión de otros tres gendarmes, un oficial los introdujo a las oficinas de la Inspección, otro les recogió las pistolas, y armados sólo de sus negros palitroques, se situaron cada uno en el ángulo que se les marcó, de la pieza con balcón al "Zócalo." Destinada a despacho principal, esta pieza estaba "en compostura," mal amueblada, alumbrada apenas por una lámpara de petróleo. En la pared opuesta al balcón, una puerta-vi-

driera la comunicaba con la antesala, convertida provisionalmente en la oficina que sirvió de pretorio a Velázquez y a Don Generoso en su comedia judicial. Una alfombra mal enrollada, varias sillas y una mesa componían el ajuar.

Sentado en una silla, frente a la mesa, Arnulfo Arroyo dormitaba, envuelto en su camisa de fuerza. De repente se fijó en sus guardianes, y reconoció a Milanés.

—Hermano! Aquí me tienes. . . .

—Hombre! ¿Conque tú eres? ¿qué *hicistes*?

—Nada! No más una trompada! Ya te vengué. . . .

—Me *vengastes*? ¿Qué barbaridad! Si no fué *él* quien me la dió.

—No le hace. De *él* viene todo y todo va a *él*.

Había avanzado Milanés al centro de la pieza, cerca de Arroyo. La presencia de sus compañeros de servicio, inmóviles en sus puestos, le hizo volver al suyo. El amigo compadecido se redujo a centinela. . . . ¡Encuentro de bohemios! Hilo de luz, perdido en la sombría madeja. La maldad llamará a la maldad. Las maldades unidas convergerán hacia la miseria social, hecha carne de cuchillo. Sólo Milanés se erguirá un momento contra la bajeza ambiente, débil re-

presentación del sentimiento cerniéndose sobre la comedia de horror que se preparaba.

Llegó con Velázquez el juez militar Don Generoso, repleto de generosidades, desistiendo de su jurisdicción en favor del fuero policiaco, infundiendo al preso las más generosas ilusiones.

—Mañana, a estas horas, eres libre como el viento. . . . ¿Que tienes hambre?. . . . Diga, Don Eduardo! ¿No le han traído los pasteles?. . . . Que se los traigan! Yo le cedo al reo; pero déle pasteles. . . .

Y llegaron, envueltos en sucio papel, en manos de un gendarme, en tanto que Velázquez y Don Generoso se retiraban satisfechos.

—Oye, amigo; me quieren envenenar, observó Arroyo contemplando lánguidamente las pastas azucaradas. . . . Acudió Milanés a tranquilizarlo con propio bocado; y el hambriento se entregó a la ilusión de un banquete, todo postres. Faltaban las copas. . . . Milanés las sustituyó con un cigarro que la mano del ebrio tomó ávidamente, escapando con pena a la camisa de fuerza. Sus ojos se extasiaron en la espiral de la primera humarada.

Afuera, en la gran plaza, reverberaban intensamente las iluminaciones de las fachadas. En el kiosko, una banda militar ejecutaba por in-

tervalos dancitas sandungueras y trozos de ópera. Bullía la multitud esperando los “fuegos.”

Entre diez y once se abrió el tiroteo, calló en los cobres *Lucía de Lamermoor* y los “castillos” de cohetería despidieron su música atronadora. Estalló el salitre en granizadas intermitentes, con pausas de chisporroteos giratorios, silencios cortados por explosiones mayores. Chiflaba el pueblo infantil a cada silencio; en su nostalgia de zafarranchos, soñaba con batallas aéreas, perdigonadas de mosquetería y cañonazos de castillo a castillo.

Cerca de media noche, los reguiletes de luces fueron apagándose; la multitud comenzó su dispersión con “vivas” y “mueras,” cada vez más lánguidos.

Allá, en el despacho del Inspector Velázquez, el encamisado contemplaba las espirales de un segundo cigarro. La gritería de abajo le había transmitido las impresiones combativas de la multitud ante los fogonazos. Soñó también en peleas. Otra batalla de Tecoaac, *su* Tecoaac, en que él derribaba al héroe de una “trompada.” Gracias a su hazaña, lo meterían al único establecimiento penal de trabajo, reservado a los privilegiados del crimen. Allí comenzaría la era de regeneración efectiva, con el aprendizaje de un

oficio que le curaría de la vagancia. Se vió a sí mismo, a través de las espirales de humo, dirigiendo una zapatería en la calle de Vergara, regenerado.

De pronto, sintió que alguien le tiraba al suelo el cigarro. Era el oficial de gendarmes Mauro Sánchez, quien le forzó a cruzar las manos por detrás, y con la cuerda de la camisa le sujetó vigorosamente ambas muñecas en contacto. Retiróse luego, llevándose consigo a un par de gendarmes; de suerte que el preso se quedó solo, bajo la custodia de los otros dos. Uno de ellos era Milanés.

De la plaza subía al cuarto silencioso un rumor de vendimias. Los rezagados acudían al postrer reclamo de los pambazos, cacahuates y otras succulencias aztecas. En la esquina de “la Diputación,” bajo el balcón del encamisado, una tamalera instalaba su olla, repleta de nuevo, y acometía el pregoneo: “tamal caliente!”

Otros rumores venían entretanto de la escalera del Palacio. El rumor fué aclarándose en gritos: “¡Viva México!” “¡Muera el anarquismo!” Parecía el tumulto arreglado entre bastidores precediendo la entrada en escena de un coro trágico. Los siete lobos polizaicos, disfrazados de ciudadanos, medio tapados de cara,

con pañuelos, bufandas y sombreros gachos, hicieron su entrada al son de esta frase siniestra: “¿Dónde está para darle agua?” Débil barricada, la mesa-escritorio cambió de sitio, lejos del preso. Insignificante como su nombre (Bartolo F.) el gendarme que flanqueaba a Arroyo en compañía de Milanés, sólo opuso al empuje su idiota pasividad de guardacantón humano. Enarboló el garrote Milanés, y dirigió un golpe al brazo de Noriega, primero en usar del puñal. Pero el palo se quedó en el aire, detenido por otras manos, y el cuchillo del esbirro, atravesando la camisa de fuerza, entró varias veces en el tórax, del lado bueno, arrancando a la víctima el grito plañidero que nace (sin metáfora) del corazón herido. A la puñalada de Noriega siguió la de Uribe. El encamisado cayó de boca vomitando su sangre. Entonces Pardavé, con un lujo de apache en que se reunían el sacrificio azteca y el toreo español, clavó y reclavó su arma en el dorso. Ya iba a alejarse con los demás, cuando Sepúlveda, tendiendo su hocico de lobo-fuina, le hizo observar las postreras convulsiones. Ambos se volvieron hacia el agonizante.

—Todavía no se quiere morir este c. . . .

Uno lo incorporó; otro le hundió el cuchillo en la nuca. . . . ¡el *descabello!*

Terminóse el acto con el mayor respeto a la consigna (quebrazones, algazara, tiros al aire). Hubo estrépitos de vidrieras rotas, gritos de *ya murió el traidor, murió el asesino*. Mauro Sánchez y Cabrera se encargaron de los tiros a balcón abierto. Abajo, la tamalera no se inmutó. Creyó en *fuegos* y cohetazos de última hora; y siguió su canción comercial: “¡Tamáááales!”

Allá, en una esquina, el oído prevenido del Inspector General que acechaba, recogía en las detonaciones el aviso de que el *agua estaba dada*.

Minutos después, entraba a su despacho en compañía de Vicencio; contemplaba el cadáver del encamisado tendido en un charco de sangre; iba al teléfono y se comunicaba con su superior inmediato.

— Señor Gobernador, me han linchado a Arroyo—¿Quién?—El PUEBLO.

Tras este vocablo seguirá escamoteando su crimen el juglar político.

Orden de aprehender al *pueblo* linchador.

—“Caray! qué pueblo!”—decía a las dos de la mañana, en su casa de las Cariátides, donde celebraba la que debía ser su última comilona de honor, entre golosos aduladores. Escanciaba el cognac a sus satélites ordinarios, huizacheros,

matasanos, plumíferos, polizaicos. Comediante mayor en un medio de farsa crónica, luchaba por sostener la ilusión emprendida, mientras a sus pies comenzaba a crujir el tablado. Se estiró el bigote, sacudió de un lado a otro la cabeza y repitió:—“¡Caray! ¡Qué pueblo!”



XXXVII.

ELVIRA Y FLON ARCHIVADOS.

Cuando Velázquez dió la orden de aprehender a los linchadores, algunos gendarmes, más o menos cándidos, salieron a ejecutarla en bloque a expensas de los curiosos agolpados a la entrada del Palacio. En ese momento, un joven de sombrero canelo y una joven de tápalo cenizo pasaban juntos por el portal.

La curiosidad los impulsaba hacia el Palacio con muchos noctívagos, y pronto se sintieron incluidos en un pelotón de forzados. Gendarmes delante tiraban, gendarmes detrás empujaban... “Arre con todos!” y escaleras arriba, los aprehendidos fueron desfilando por corredores y salas hasta la pieza del asesinado.

Allí, la recua fué puesta en presencia de su presunta víctima.